Y era tu abrazo como nudo de horca,
y eran glaciales témpanos tus labios,
y eran agrios alambres mis tendones,
y eran zarpos retráctiles mis manos,
y era el enorme potro un viento negro
furioso en su carrera de mil años.

Caímos á un abismo tan profundo
que allí no había Dios. Montes lejanos
levantaban sus cúspides, casqueadas
de nieve, bajo el brillo de los astros,
como enormes cabezas de kalifas.
Describía Saturno un lento arco
sobre el tremendo asombro de la noche.
Los solemnes reposos del Océano
desnivelaba la siniestra luna,
y las ondas, hirviendo en los peñascos,
hablaban como lenguas, con el grito
de las vidas humanas que tragaron.
Entonces, desatando de mi cuello
el formidable nudo de tu abrazo,
buscaste ansiosa con tus ojos mártires,
mis torvos ojos que anegó el espanto.
¡Oh! no mires mis ojos; hay un vértigo
dormido en sus tinieblas; hay relámpagos
de fiebre en sus honduras misteriosas,
y la noche de mi alma más abajo,
una noche cruzada de cometas
que son gigantes pensamientos blancos.
¡Oh! no mires mis ojos, que mis ojos
están sangrientos como dos cadalsos;
negros como dos héroes que velan
enlutados al pie de un catafalco.
Y aparecieron dos ojeras tristes
como flores del Mal, bajo tus párpados,
y yo besaba las siniestras flores,
y se apretaban tus heladas manos
sobre mi corazón — brasa lasciva —
y alzábanse tus ojos en espasmo,
y yo apartaba mis terribles ojos,
y en tus ojos de luz había llanto,
y mis ojos cerrábanse, implacables,
y tus ojos abríanse, sonámbulos,
y quería mis ojos tu locura,
y huía de tus ojos mi pecado;
y al fin mis fieros ojos, como un crimen
sobre tus ojos tímidos brillaron,

y al sumergir en mis malditos ojos
el rayo triste de tus ojos pálidos,
en mis brazos quedaste, amortajada,
bajo una eterna frialdad de mármol.

LEOPOLDO LUGONES.

Buenos Aires, Junio de 1896.

Á LA POESÍA

¡Oh, poesía! tú tienes por santuario
el pecho de la virgen ruborosa;
tu culto es la belleza esplendorosa
y el espacio infinito tu escenario.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

Como algo que se halla fluctuando en la aroma,
gorjeando en la fuente, verdeando en la loma,
¡Oh! tú, poesía, te encuentras doquier:
ya sea en la chispa que fúlgida salta
y al sitio en que cae de luces esmalta,
ó bien en el alma de toda mujer.

Te hallo en los tintes de la alborada;
en el lucero de faz plateada;
entre la espuma que á los peñones
ciñe aureolas de radaciones
y perlas hechas de blanca luz;
sobre las alas de los querubes,
que entre los pliegues de róseas nubes
de un áureo ensueño vense al trasluz;

En las florestas, entre los nidos,
donde son músicas todos los ruidos
en todo aquello que gime ó canta;
en el murmullo que se levanta
de entre las ondas del verde mar;
y en las sonrisas de las indianas
que entre las selvas americanas
sueñan en lechos de albo azahar.

Tú eres la virgen célica de formas luminosas,
de espléndido semblante, de líneas armoniosas
que, cuando se sonríe con Dios la Creación,
á esa hora en que los niños se juntan en los cielos,
descorres ante mi alma los deslumbrantes velos
de un mundo que es un campo de rútila visión.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Montevideo, Mayo de 1896.

Nuestros colaboradores



D. Pedro A. González

NOTABLE POETA CHILENO

PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ

POETA CHILENO, AUTOR DE «RITMOS»

HA sido penosa su ascensión á las cimas del arte. No es que le faltaran bríos, ni que careciera de alas para llegar á la cumbre, sino que lo asfixiaba la atmósfera enrarecida y glacial que en esta tierra de Chile, más que en cualquiera otra de la patria americana, compenetra las regiones intelectuales.

Felizmente, para Pedro Antonio González, él no conocía los nobles aguijoneos de la gloria literaria, ni siquiera los pueriles, pero incontenibles apetitos de la publicidad. Modesto, retraído, casi huraño, buriló en el silencio de su mesa de trabajo sus versos armoniosos, que quedaban allí palpitantes, llenos de fuego, desbordantes de luz y de movimiento, pero condenados á monstruoso encierro.

Y mientras tanto el poeta iba á pasear por las calles, bajo su aspecto de hombrecillo modesto y tímido, entre la multitud indiferente donde era un desconocido, sus extraños ensueños de artista, sus intangibles visiones de neurótico, sus vagas abstracciones de idealista, ó llegaba á alguna mísera academia á confundirse con los novatos del arte, para aplaudir benévolamente sus incipientes esfuerzos y negarse obstinadamente á presentarnos la obra suya.

Fué en uno de esos efímeros centros literarios de mozos de quince años donde yo le conocí, y trabé con él esta larga amistad fraternal que nos une. Y abusando alegremente de ella, cometí el hurto de sus versos, los llevé á los diarios, y

le traje el eco ruidoso de los aplausos con que fueron recibidos.

El futuro autor de *Ritmos* se reveló entonces en la amplitud de su genial característica: poeta de miras universales y altas, desdeñador de las fórmulas consagradas de la poesía rutinaria, buscador de rumbos nuevos hacia horizontes luminosos que atraían toda su briosa fantasía.

¡Y cómo necesitábamos de esta evolución en nuestro reducido campo intelectual! Los viejos vates, en Chile, como en todas partes, habían hecho ya gloriosamente su época. La Reina Poesía marchaba pesadamente, arrastrando su traje anticuado de desteñidos oropeles. Se sentía la intuición de la nueva forma y de los nuevos ideales, y se esperaba al joven caudillo revolucionario.

Pedro Antonio González tomó el puesto, tal vez sin pensarlo ni quererlo. Y en su venturoso despego por un extranjerismo exótico, escapó, casi por entero, al contagio del modernismo infeccionante de la época actual.

Porque no es, de preferencia, el joven poeta chileno, el admirable pulidor colorista de la frase que la da espejeos y la transforma en prisma para las irisaciones de luz, ni el apasionado del símbolo que llega al límite en que la idea se hunde en penumbras y queda arcana, ni el plástico cincelador que modela formas mórbidas en el verso. Él es, más bien, un áspero, espontáneo y anguloso forjador de estrofas recias, donde encuadrar las síntesis vigorosas y abarcantes de su pensamiento.

Vibra siempre en sus versos un acento viril, un eco rugiente, con que gusta de acompañar en su lira los sordos mugidos del mar encrespado, los silbos del viento en las noches lóbregas, los retumbos del trueno en las tempestades desatadas, los clamoreos roncos de las muchedumbres furiosas, por lo cual ha podido abrazar, como á su musa predilecta, á aquella

. . . que inspira
los cánticos patriotas,
y arranca de la lira

relámpagos y notas;
. . . que truena
al par de la metralla
sobre la roja arena
de la ardiente batalla;
. . . que sopla
y enciende los enconos,
y empuña la manopla
y hace astillas los tronos.

Pero en el vasto cordaje de la lira de González no es todo sonoridades de bronce, porque también quedan notas para los lánguidos desfallecimientos del amor, para las supremas consolaciones de la filosofía, para los azules espejismos del ideal, para las negras opresiones de la nostalgia y los angustiosos crispamientos de la desesperación.

Se advierte todo ello en la brillante confusión de sus *Ritmos*. El bizarro y variado desfile de esos versos va mostrando siempre una nueva faz, dando siempre una sensación especial, en la que el poeta ha puesto mucho de su alma íntima.

Este libro de González ha recorrido con halagüeña fortuna la América, presentando al poeta en sus inspiraciones del momento. Todo el sistema de ideas suyo se encierra en *El Proscrito*, en *La Razón y el Dogma*, dos poemas inéditos, de tonalidades sombrías, en que prima la nota del escepticismo del poeta y de la negación del filósofo.

Sobre esta parte, reservada aún de la publicidad, pero que es la principal de la obra literaria de González, no cabría formular, ante el extranjero, un juicio que sólo en el criterio personal, falto de autoridad, de un amigo íntimo del autor. Pero, sin ello, puede hoy proclamarse, como la resultante de múltiples opiniones, de fuera y dentro del país, que en Pedro Antonio González se destaca una vigorosa personalidad intelectual, que en la poesía chilena contemporánea ocupa ya, sin rivalidades ni contradicciones, uno de los más altos puestos.

MARCIAL CABRERA GUERRA.

Santiago de Chile, Mayo de 1896.



EL PROSCRITO

POEMA

FRAGMENTO TERCERO

Era una noche.—Yo con paso incierto
vagaba entre las sombras, cabizbajo.
Todo estaba desierto.
Ni un astro arriba. Ni un rumor abajo.

Sacudida mi sien por golpes rudos;
mi corazón sin fe; la Tierra helada;
mi conciencia sin Dios; los orbes mudos;
sentí las atracciones de la Nada.

Vino á librarme, al fin, de mi tormento
el murmullo sombrío

de una trémula ráfaga de viento
que espiró sollozando en torno mío.

Y avancé con afán hasta una puerta
donde posé temblando la mirada.
Ella de par en par estaba abierta.
Era libre la entrada.

Allí, mofando á Dios y á sus deberes,
mofando á carcajadas al Destino,
juntos vaciaban hombres y mujeres
la hirviente copa del amor y el vino.

Una mujer de sonrosada boca,
gentil como una flor del valle ameno,
voló á mi encuentro, delirante, loca,
y me estrechó contra su ardiente seno.

En un vasto salón de seda y oro,
á la luz de cien lámparas candentes,
en raudo, inmenso coro;
secas las fauces, húmedas las frentes,
las mejillas bermejas,
al estruendo de báquicas canciones,
giraban cien parejas,
como errantes, fantásticas visiones.

Y con vaivén vertiginoso y blando,
por la crujiente, dilatada alfombra,
nos deslizamos ella y yo, formando
con nuestras sombras una misma sombra.

Y los dos respirábamos apenas
en nuestros giros de arrebato ciego.
Y la sangre bullía en nuestras venas
como las olas de un raudal de fuego.

Y adelante seguíamos sin tino,
sin darnos ya ni de nosotros cuenta;
como arenas que empuja el torbellino,
como nubes que azota la tormenta.

Después los dos en una misma copa,
igualmente sedientos,
un mismo hirviente líquido apuramos.
Y en desorden la ropa,
torpes los pies, los ojos soñolientos,
sobre un ancho sofá nos desplomamos.

Y yo en sus brazos recliné la frente,
nervioso, delirante,

anhelando dormirme eternamente
al ritmo de su seno palpitante.

Y ella clavó en mi faz sus negros ojos
con loco desvarío,
y en mis labios hundió sus labios rojos,
haciendo arder su aliento con el mío.

Y ambos rodamos á un sopor profundo,
oyendo ir á morir en lontananza,
como vagos rumores de otro mundo,
los dulces cantos de la alegre danza!...

FRAGMENTO SEXTO

¡Cuántas veces la noche con la aurora
no me encontraron ante el libro abierto,
luchando con afán, hora tras hora,
de ardientes gotas de sudor cubierto!

Yo, con la santa fe que el alma inunda
de luz desconocida,
buscaba en él la solución profunda
de los grandes misterios de la vida.

Por el vasto horizonte de la Historia
dilaté la recóndita mirada.
Y de su hondo sarcófago de escoria
se levantó ante mí la edad pasada.

Ví desfilar el mártir y el verdugo,
los siervos y los reyes,
encadenados al siniestro yugo
de un mismo Dios y de unas mismas leyes.

Ví desfilar hacia una misma fosa,
bajo un mismo anatema,
la virtud que solloza
y el vicio que blasfema!...

¡Ay, de la Humanidad!—Ella no sabe,
y á comprender no alcanza,
ni de dónde partió su errante nave,
ni por qué rumbo ni hacia dónde avanza.

Ella interroga en vano
en su negro camino
el insondable arcano
de su propio destino...

El Ideal se aleja ante sus ojos

como una eterna esfinge fugitiva.
¡Y se aumentan abajo los abrojos
y las sombras arriba!...

FRAGMENTO NOVENO

Yo, con la frente mustia,
—náufrago de otro mar en otra playa,—
ví el cadáver del joven con angustia
y regué con mis lágrimas su saya.

Y ante los dos ancianos
me alcé de mis escombros,
sólo para poner con ambas manos
la cruz de su dolor sobre mis hombros.

Un acento del cielo
desde la luz me dijo:
—Sé tú su ángel de paz y de consuelo.
Sé tú la dulce sombra de su hijo.—

Yo retemplé los bronces
de mi abatido corazón ya inerte;
y fuí sobre la Tierra desde entonces
su báculo de amor, su brazo fuerte.

Sentí caer dentro del pecho mío,
como en el fondo de una tumba muda,
el amargo rocío
del hondo llanto de la virgen viuda.

En mi camino ignoto
sentí nacer por ella
el culto del piloto
por la polar estrella.

¡Cuántas veces á solas,
allá cuando el crepúsculo desmaya,
no me vieron las olas
vagar con ella por la vasta playa!

¡Cuántas veces no vió nuestra barquilla
columpiarse en el mar como una cuna,
dejando estelas de oro con su quilla,
desde la eterna inmensidad la luna!

La luna en cuya cándida diadema
ella siempre clavaba sin sosiego,
en su angustia suprema,
su ancha pupila azul, llena de fuego!

Ella pensaba en él. Lejos acaso
sus raudas almas en amante cita
se desposaban con un santo abrazo
en la callada bóveda infinita!

Y yo entonces de hinojos,
con qué profundo anhelo
no seguía sus ojos con mis ojos
hasta el último límite del cielo!

Al encenderse la primera estrella
tras el flotante, vaporoso prisma
de la bruma azulada,
¡cuántas veces también á orar por ella
no fuí con ella misma
ante la tumba de mi madre amada!

Mas ¡ay! en mi dolor terrible y hondo
no ví despuntar nunca los destellos
del sol de su razón allá en el fondo
del cielo triste de sus ojos bellos!

Era un pálido cisne de alas rotas
que alzaba el himno de la eterna calma
con las últimas notas
de la lira del alma.

¡Murió!
Y entonces se ofreció más bella
que el errante querube
que al dulce rayo de lejana estrella
se rinde al sueño sobre blanca nube!

Santiago de Chile. PEDRO A. GONZÁLEZ.



* * *

A mi hermosa sultana he construído
un palacio de rimas,
en que brillan los záfiros de Persia,
las perlas ormutzinas.

Para sus pies de reina primorosos
la he construído, con versos,
mullida alfombra de colores vivos
y dibujos helenos.

Y con *lieders* un lecho la he formado,
de sándalo con oro,
que tiene el don de provocar los sueños,
los sueños voluptuosos.

Lima, Mayo de 1896. CLEMENTE PALMA.



LA VEJEZ DE VENUS

Lloren los vientos en tus diáfanos tules,
las brisas giman en tus hondos barrancos,
¡oh mar de Jonia de las aguas azules!
¡oh Paros, cuna de los mármoles blancos!

Venus la Olímpica, la inmortal de Citeres,
la que perdíase en las sombras del monte
cuando llamábala á los blandos placeres
entre las rosas el cantar de Anacreonte,

Ya disipados sus antiguos amores
como las brisas inconstantes y leves,
jóvenes busca de su gracia cantores,
suelto el cabello del color de las nieves.

Amó de joven á los viejos poetas,
ciñó sus frentes de jazmines y nardos,
y en el ocaso, cual rival de sus nietas,
habla de amores á los núbiles bardos.

Montevideo. Víctor Arreguine.

CARTAS DE FUEGO

Cada vez que la inexperta joven recibía las cartas del audaz amador, la soberbia cegaba sus ojos, y sin leer las cláusulas fogosas, las pasaba á otras manos, más duras, que tenían autoridad sobre ella. Su pecho era tierno, como los tallos en flor, y el fuego no prendía. El corazón de los padres estaba frío por los años, y no era aquel hielo á propósito para avivar el fuego.

Pero el fuego deshiela; el fuego enardece; el fuego prepara las brasas para arder mejor.

Cada vez que la curiosa joven leía las cartas de su audaz amador, el orgullo hinchaba su pecho, y al compararse con el insistente mancebo, se juzgaba tan grande como pequeño á él. El fuego no prendía.

Pero el fuego derrite; el fuego enardece; el fuego prepara las brasas para arder mejor.

Cada vez que la vanidosa joven releía las cartas de su entusiasta amador, su pecho comenzaba á sentir la agitación de lo desconocido y el placer que la adulación provoca; su pecho era tierno, como los tallos en flor; tierno, y como tierno, sensible. El corazón de los padres estaba ya cansado; cansado, y como tal, perezoso para vigilar las astucias de la juventud.

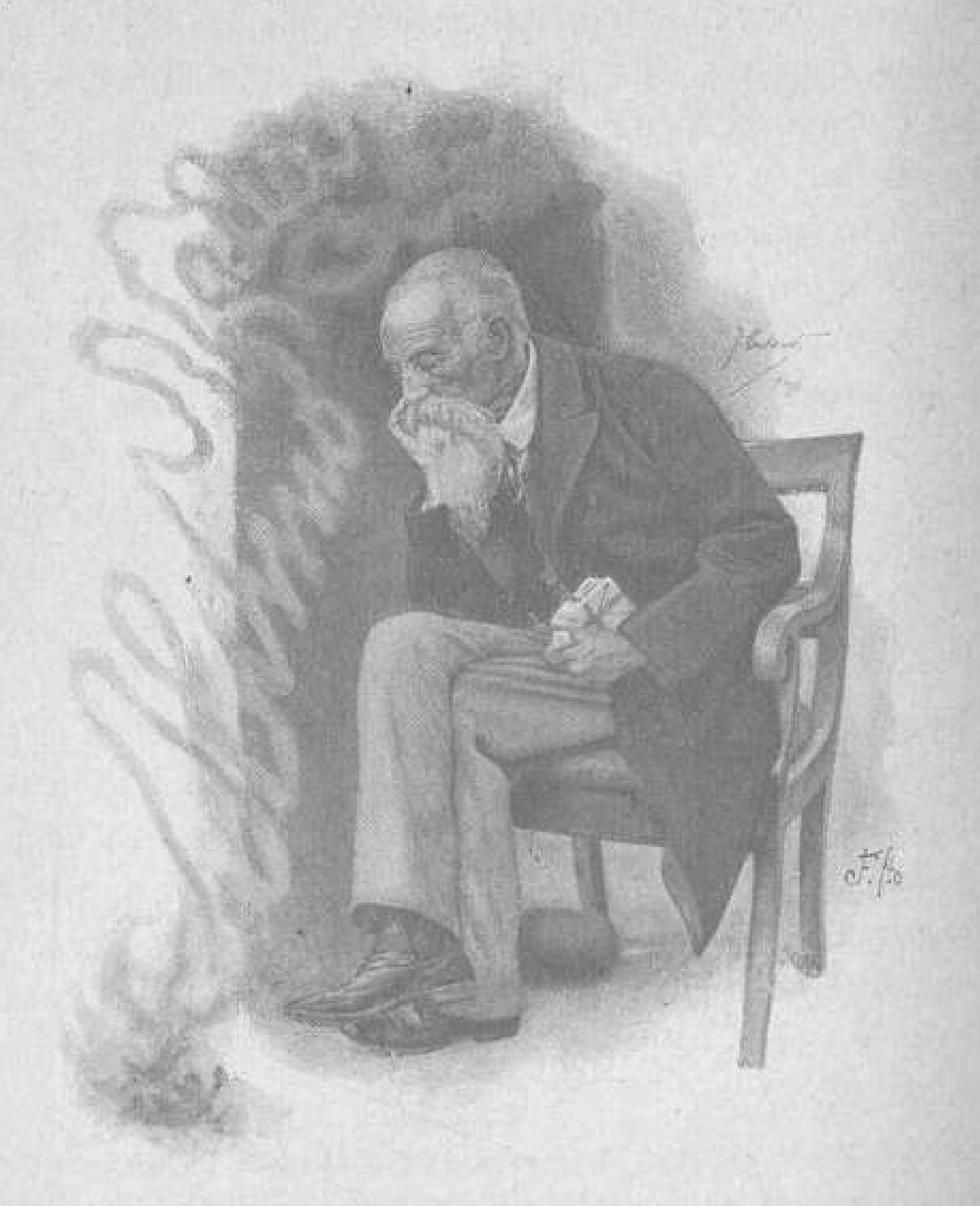
Mientras la inquieta joven recitaba las cartas de su deseado amador, todo su ser temblaba; presa del sentimiento enardecido, gozosa de hallarse amada: el fuego prendía.

Pero el fuego es fuerza, el fuego inflama; y allí donde llega la primera chispa, llega la llama que todo lo consume.

Cuando la atribulada joven escribía á su amante las cartas en que confiaba el secreto de su amor, la alcoba era ya pequeña para ella, rígida la mano de los padres, la voz del deber áspera y ruda: el fuego había prendido; había derretido la soberbia, inflamado la vanidad, impulsado el desliz...

Y cuando la olvidadiza joven abandonó el hogar furtivamente para buscar en el amor contrariado la soñada felicidad, diz que los sorprendidos padres sólo encontraron una carta con estas frases:

« El fuego derrite; el fuego enardece; el fuego prepara las brasas para arder mejor: el fuego del amor lo consume todo.»



FUEGO DE CARTAS

Mientras el viejo escéptico leía lo que la indiferencia le había escrito, faltó combustible á su hoguera; ó si queréis, á la hoguera de su vida, y como el frío entumecía sus miembros, tomando el paquete de cartas del mundo, dijo resueltamente:

« ¡Al fuego el mundo! »

Pero era, tan sólo, el mundo de las cartas.

La llama fué grande, pero débil, y el fuego se extinguía.

El viejo tomó las cartas de la amistad y las echó á la hoguera, exclamando:

«¡Al fuego la amistad!»

Pero era, tan sólo, la amistad de las cartas.

Las llamas fueron vivas, pero aisladas: daban calor momentáneo; mas la hoguera se extinguía.

El viejo buscó las cartas de la familia, diciendo al arrojarlas:

«¡Al fuego el cariño!»

Pero era, tan sólo, el cariño de las cartas.

Las llamas se dividieron: las unas repelían á las otras, y ellas solas se consumían sin que aprovecharan al viejo. Mientras tanto, la hoguera se extinguía.

Tomando, entonces, las cartas del amor, las arrojó diciendo:

«¡Al fuego, al fuego el corazón y el sentimiento y la felicidad engañosa de la vida!»

Pero era, tan sólo, el corazón y el sentimiento y la felicidad de las cartas.

Las llamas fueron ruidosas, y parecieron inflamar hasta el aire mismo de la estancia; pero fué mayor la apariencia que los efectos, y la hoguera se extinguía.

Desesperado el viejo, echó, por fin, la copia de sus propias cartas, diciendo, como un agonizante:

«¡Al fuego con mi conciencia!»

Pero era, tan sólo, la conciencia de sus cartas, y el fuego se apagó. En su lugar sólo quedó una columna de humo, que escribió en el aire, caprichosamente:

«Mundo, amistad... cariño... amor... conciencia... ¡Fuego que se apaga! ¡Humo! ¡Nada!

FRANCISCO COBOS.

Buenos Aires, 1896.



TODO LO VENCE... EL AMOR

—Anda, Engracia, y dile á Bato,
ya que el tal de mí se esconde,
que como vuelva y te ronde,
salgo á su encuentro y le mato.
Y que lo haré, resoluto,
y que estoy ya prevenido,
y que me tiene aburrido,
y que tu padre es muy bruto.
—Pues no iré, que no es de roca,
y el pobre se va á morir...
—Bueno, ¿y qué?
—Y voy á sufrir...
— Mujer, y á tí, ¿qué te toca?
¡ni que fuera el condenado
primo carnal... verbigracia!
basta de palique, Engracia,
y haz lo que yo te he mandado.
Primero me come un lobo

que ser su suegro...
—¡Ay de mí!
pero, ¿por qué?
—Porque sí,
y además, porque es muy bobo.
—Mas sus miras son honradas
y tal rigor no me explico;
bobo ó no bobo, es muy rico...
¡como que tiene majadas!
—¡Si es tan rico!...
—No exagero.
—(¿Para qué mostrarme cruel?
siendo las *majadas* de él,
sería yo el *majadero*).

CASIMIRO PRIETO.

IMITACIONES DE LEOPARDI

I

EXPERIENCIA

¿Qué me decís? ¿Que al cielo la mirada
eleve yo, y á lo más alto aspire?
¿Y qué habrá en la región más elevada
que por doquiera en mi redor no mire?
¡Todo es lo mismo! ¡Mi ilusión dorada
para siempre perdí! No más delire,
buscando un ideal... ¡Sé, en mi hondo duelo,
que hasta en el lodo se refleja el cielo!

II

LA NUBE

No os hagáis ilusiones con la nube
que vaga leve en la celeste altura;
no penséis que es el ala de un querube
resplandeciente, inmaculada y pura.
Ella es sólo vapor que se alza y sube,
semejante á la nieve en su blancura,
del líquido cristal del río ufano
y del fondo del fétido pantano.

PLA.

PASIONARIA

Para calmar los ardores
de mi amante frenesí,
como viven en las flores
el aroma y los colores
quisiera vivir en tí.

. . . .

Quisiera ser el alma de tu alma,
la esencia de tu vida.
Ser para tí lo que el calor al fuego,
lo que la luz al día.
Ser el cansancio que te rinde y postra;
ser el reposo que tu cuerpo anima;
ser tu mirada,
ser tu sonrisa,
ser el capricho
que te domina.
Quisiera ser tu mismo pensamiento;
la voluntad que tus acciones guía;
la fe que te conduce á los altares;
la risueña esperanza que acaricias;
ser el secreto que ocultas;
ser el aire que respiras;
ser el suspiro que exhalas;
la ilusión que te fascina.
Ser la idea que bulle en tu cerebro;
ser la luz que dilata tus pupilas;
ser tus pesares,
ser tus desdichas,
ser tus antojos,
ser tu alegría.
Ser la oración que murmuras;
la palabra que prodigas;
el amargor de tu llanto;
el latido de tus fibras;
ser el color de tu sangre
y el rubor de tus mejillas.

. . . .

Quisiera ser el alma de tu alma
la esencia de tu vida.
Ser para tí lo que el calor al fuego,
lo que la luz al día.

Roberto Dupuy de Lôme.

Nuestros colaboradores



Dr. D. Victor Pérez Petit

DISTINGUIDO LITERATO URUGUAYO



HEROÍSMO

Á CARLOS MARTÍNEZ VIGIL

La cena había terminado. Horrorosa confusión reinaba sobre aquella mesa, que pocos momentos antes ofreciera á los comensales de Roberto los más exquisitos manjares y los licores más finos. La luz de la araña central, apenas mitigada por los labrados globos color de rosa, se tendía perezosa sobre aquel inmenso derrumbe. Una gran compotera de cristal, sustentada por dos cariátides de prominente seno y desbordantes caderas, ofrecía aún algunas frutas glaciadas con las aristas del azúcar. En dos grandes floreros de China, artísticamente esmaltados, las flores más lujuriosas, vestidas con túnicas de luces multicolores, exhalaban muriendo sus últimos perfumes. Un gran vaso de plata, maravilla de cincel, descansaba en el centro de la mesa, vacío ya del ponche que contuviera, irradiando sus reflejos metálicos con claridades de luna entre copas de cristal de Bohemia y porcelanas de viejo Sèvres.

Las risas se apagaban mientras las conversaciones corrían por parejas, reuniendo las personas en grupos, á veces formando un dúo sencillamente. Los hombres habían encendido los habanos. Las mujeres, reclinadas contra el respaldo de sus asientos, respondían con perezosa languidez, los ojos un poco entrecerrados, á las cuestiones formuladas por sus galanes. Lulú, bastante fastidiada, había pedido más *chartreuse*.

De pronto, Renato se volvió hacia Nina, que bostezaba coquetamente á su lado, y le dijo:

—¿Cuál te parece á tí el mayor heroísmo?

La linda joven volvió á su amigo los hermosos ojos, y sesgados sus labios por el picor de una sonrisa burlona, dijo con una pereza inimitable:

—Estar á tu lado y no caerse de sueño.

Aquí y allá, como burbujas de *champagne*, brotaron alegres risas. Arturo, que murmuraba no sé qué historia al oído de Violeta, apoyó el codo sobre la mesa y gritó á la preciosa Nina al través del jolgorio:

—¡Admirable, mi hada azul! Te has ganado mi yunta inglesa.

—¿Cuándo la mando buscar? interrogó fríamente la linda joven mientras mojaba sus labios en el oro líquido de su copa de *chartreuse*.

—Ahora mismo, si quieres.

Renato murmuró entonces:

—Ya sé cuál es el mayor heroísmo.

—¿Cuál?

—El de Arturo. Acaba de partirse el corazón haciendo ese regalo, y sólo por parecer generoso.

—No es ese, sin embargo, el mayor heroísmo, dijo de pronto Lisa.

Todos volvieron el rostro hacia la encantadora mujercita. Sus ojos arrojaban chispitas de luz. Sus labios, cargados de sonrisas, temblaban ligeramente. Extrajo aún dos largas humadas de su cigarrillo que le formaron en torno de la cabeza como una aureola, y mientras rompía al descuido un finísimo vaso de cristal azul cielo golpeándolo con un cuchillito veneciano, dijo:

—El verdadero heroísmo es pretender averiguar cuál es el mayor heroísmo.

Renato tuvo para ella una inclinación de cabeza amabilísima, y replicó:

—Gracias, querida niña. El mayor heroísmo es el de verte sin amarte.

—¡Adulón! ¡Qué feo vicio!

—¿Crees que miento?

—No; dices verdad, pero una verdad que adula.

—¡Caramba! prorrumpió Alfredo; ¿sabes, Lisa, que estás hoy oportunísima?

—¿Hoy?... ¡Impertinente!

—Muchas gracias.

—Las tengo de sobra; guárdatelas tú, que te hacen falta.

—¡Hombre! exclamó Raúl, que había visto aquellos breves relámpagos cruzar al través de las flores y la argentería, ¿saben ustedes que es magnífica esa idea de averiguar cuál es el mayor heroísmo?

—Pues resuelve tú el problema, le dijo Nina con aquella su vocecita burlona que parecía un hilo de perlas desgranándose.

—Tiento la prueba. El mayor heroísmo, adorables señoras mías...

—¡Uf! ¡Qué fea manera de hablar!

—Parece usted un orador de café...

—O un poeta cursi y feo y tonto y...

—¡Que se calle inmediatamente!

—¡Nos ha llamado señoras! exclamó Violeta, profundamente consternada.

Las voces se alzaron un momento formando confusa algarabía. Hubo enérgicas protestas; risas húmedas por el *champagne;* admiraciones frenéticas que desmayaron muy luego entre las flores de pétalos aterciopelados. Hasta las luces tuvieron un leve parpadeo que ahuecó las sombras de los rincones.

—Yo creo, murmuró Teodoro, así que el silencio se restableció un poco, que el mayor heroísmo es el de Leónidas en Constantinopla...

—¡Asesino! aulló Roberto, encarándose á aquél.

—¡Que lo fusilen!

—¡Que lo descuarticen por zángano!

—Véte á la escuela, hijo.

—¿Acaso sabes tú más historia?...

—¡Pse!...

—A ver, á ver... Haz una cita...

—Bruto matando á sus hijos...

—¡Bah! Brutos como ése se ven todos los días.

—¡A la calle!

—¡Está malo!

—¡Que baile!

—¡Una cita, señores, y me rindo!

—Allá vá: Aníbal cruzando los Alpes.

—Yo tengo otra: Napoleón en Arcole.

—Y yo: Alejandro bebiendo el líquido que le daba su médico, cuando todos le decían que estaba envenenado.

—Régulo.

—José huyendo de la mujer de Putifar.

—Los diez trabajos de Hércules.

—Job pasándose siete días y siete noches sin decir esta boca es mía.

—Alejandro cediendo á Apeles su querida Campaspe.

—Hacer la noche de San Bartolomé.

—Nerón matando á su madre Agripina.

—¡Basta, por piedad! rugió Teodoro, tratando de hacerse oir entre aquellas vociferaciones que todos derramaban sobre él despiadadamente.

Nadie le oyó. El vendabal de los siglos parecía haberse desatado y convulsionar á aquellos jóvenes. Los ojos arrojaban saetas; las lenguas vibraban locas; el cerebro ardía como poco antes el ponche en el vaso de plata. Y todos, arrastrados por un deseo imperioso de gritar, que latigueaba sus nervios y encendía corrientes de llamas en sus venas, decían al mismo tiempo, en coro descabalado, formando una baraúnda histérica, engarzando una frase en otra:

—Cayo Graco en el Aventino.— Cleopatra haciéndose morder por un áspid.— Prometeo encadenado al Cáucaso.— Colón marchando á lo desconocido.— Lutero concurriendo á la dieta de Worms.—Justiniano casándose con Teodora.— Carlos I de Inglaterra dejándose cortar la cabeza por Cromwell.— Felipe II diciendo que mataría á su propio hijo si fuera hereje.— Masaniello.— Los cruzados marchando á pie, como bestias.– Sardanápalo y su epitafio.— Alcibíades cortándole la cola á su perro.—Macrón ahogando á Tiberio.— Solimán en la toma de Zigeth.— Epaminondas en Leutres.— El mago Esmerdis suplantando al hermano de Cambises.— El sol de Austerlitz...

—¡Silencio, energúmenos! vociferó Teodoro, casi destrozado por aquella avalancha.

Todos callaron repentinamente, fatigados, vacío el cerebro, con la respiración anhelante. Entretanto, las hermosísimas mujeres dormían plácidamente, arrulladas por aquel rodar tumultuoso de las edades históricas. El sueño que pesa sobre los pueblos y humanidades desaparecidos parecía rendir sus párpados y dormirlas á ellas también.

—¡Imbéciles! murmuró Teodoro, por toda venganza.

Lulú despertó entonces, y húmedos aún los divinos ojos por el rocío del sueño, dijo perezosamente:

—¿En qué quedamos?

—No hemos resuelto el problema...

Las demás hermosísimas mujeres despertaban poco á poco. Violeta sonreía, pero sus ojos continuaban obstinadamente cerrados.

Rodolfo mandó traer más *champagne*. Otra vez las risas encendieron auroras en todos los rostros, y volaron luego bajo la dulcísima claridad que filtraba al través de los globos de cristal color de rosa. Los genios invisibles del *champagne* retozaban en las copas levantando un mar de espuma chisporroteante. Las flores languidecían aún más, embriagándose con sus propios perfumes.

Raúl quiso despertar á Violeta, y la besó en los labios.

—He ahí un acto heroico, exclamó Nina. La encantadora Violeta odia al pobre Raúl, y por no dar su brazo á torcer, sufre pacientemente esos besos que detesta.

—¿Hablas en serio? preguntó el joven.

—¿Lo dudas? Le eres á ella tan indiferente como á tu amiga Lisa.

Y en efecto, Lisa oía, casi con rubores, una historieta que Claudio murmuraba á su oído, sin preocuparse de su amante. Éste, muy disgustado, hizo que despertaba á Violeta.

—¿Ha dormido usted bien?

—Mal, muy mal, replicó la bonita mujer, bostezando con la voluptuosidad de una gatita; he tenido pesadillas horribles.

Veíame en un comedor, después de una cena excelente, rodeada por unos cuantos jóvenes imbéciles...

—¡Bah! murmuró Renato, eso es un sueño...

—¿No gusta? Tanto peor. Contaré otra de mis pesadillas. Veía un feo gusano que me besaba en los labios...

—También eso es un sueño, exclamó Raúl.

—Pero, ¿y el acto más heroico no se ha averiguado? preguntó alguien.

—Yo lo citaré, dijo Violeta.

Todos se inclinaron para oirla. Lisa, á quien Claudio termirara ya el cuento, apoyó ambos codos sobre la mesa, y se dispuso á oir con toda el alma.. Violeta se había dirigido á Renato y le hablaba en voz baja, esperando que se hiciera silencio. En cuanto á la pequeña Lulú, dedicaba toda su atención á un ánfora escultural tallada en bronce con filigranas sobredoradas representando aligustres, y en cuyo redondeado vientre desplegaba sus ondulantes alas una hermosísima cigüeña en relieve. Su mano pequeñita, de un esmalte lechoso, jugaba con un platillo de transparente porcelana floreado de crisantemas.

—Conozco yo una niña, empezó Violeta, que vivía locamente enamorada de un lindísimo joven. Ella era hermosísima, como uno de esos ensueños místicos que bajan en un chorro de luz en medio á la callada soledad de los templos. Él era un hombre gallardo, fuerte, de rostro sereno y varonil. Ella sabía que él no había amado nunca, si bien había tenido muchísimas amantes. Decíase por doquier que un amor no vivía en su pecho más de un día; que los pesados dedos del olvido borraban en su corazón los nombres de mujeres amadas, como las sombras impalpables de la noche diluyen y borran poco á poco la imagen de los objetos. Pues bien; la joven de mi cuento, adorando como adoraba á aquel hombre, pretendía que su amor fuera eterno. ¿Qué hacer? Si le entregaba su cariño sería feliz un día, pero no más. Entonces recurrió á un acto verdaderamente heroico.

Todos escuchaban religiosamente. Allá, sobre la límpida luna de Venecia, veíase á Violeta accionar con calma, toda

llena de dulzura y poesía. Sus ojos tenían destellos vívidos que se enhebraban, á veces, entre las pestañas y palpitaban en ellas como gotas de luz. En sus labios finos y rojos, la sangre tropical de la mujer ponía un nidal de apasionados besos. Su busto, de curvas majestuosas y líneas serenísimas, se destacaba soberbio, coronándose altivo con la majestad del pecho saliente, poderoso, y que á su vez, iba á morir en aquella garganta donde corrían reflejos y claridades de mármol ateniense.

—Entregóse la niña de mi cuento al amante que adoraba, prosiguió Violeta, y, con inmensa admiración de él, ella permaneció insensible á sus arrebatadoras caricias. Ninguna sensación, ni un suspiro, ni el apresuramiento de los latidos del corazón, ni la sangre que alborea en el rostro indicaron al amado joven que la niña había encontrado la dicha suprema entre sus brazos. Estaba fría, serena, tranquila, mirándole con sus grandes y rasgados ojos negros, sonriendo apenas con plácida quietud. Él se quedó extático, alelado, sin una frase que murmurar. ¡Cómo! ¿Él no había logrado conmover á aquella hermosísima joven llena de vida, apasionada, sedienta de amor? ¿Él no había logrado hacer palidecer aquellas sienes de nácar, ni encender con tonos de púrpura aquellas mejillas de nieve, ni reclinar aquellos párpados queridos al peso de una soñolencia dulcísima, ni apresurar los latidos de aquel corazón con las palpitaciones tibias de un pajarillo prisionero? Veíala allí fría, tranquila, como esperando aún el beso supremo de Cupido, la comunión misteriosa de dos almas, la revelación idolatrada de una sensación extraña y poderosa, y estaba serena, mirándole con sus ojos límpidos, donde los astros habían puesto algo de su resplandor eterno.

Sus cabellos en desorden, tejían sobre la almohada de nieve delicados y exóticos caprichos, flores de azabache con reflejos metálicos, ondas fugitivas de contornos imposibles. Sus dos senos alabastrinos, brotando entre la nívea lencería, parecían dos globos que una extraña luz interior iluminara con resplandores de luna. Su brazo izquierdo, coquetamente doblado, mientras la mano diminuta sostenía aquella adorable

cabeza, parecía el ala de un ave que duerme sobre ella. Y allá, entre el oleaje de las revueltas mantas carmesíes, sus formas se adivinaban puras, majestuosas, con ondulaciones provocativas y rápidas huídas entre pliegues caprichosos.

¡Ah! ¡El pobre mancebo estaba vencido! Una y otra vez tomó entre sus brazos á la querida niña, llenándola de arrebatadoras caricias, sellando sus labios á sus labios, comunicándole su amor y su fiebre: ¡todo era en vano! Galatea no revivía bajo los besos de Pigmalión. Y él, entonces, desesperado, herido en lo más íntimo de su amor propio, juróse no abandonar á aquella hada de mármol, que parecía rechazar la rebosante copa del placer que él la ofrecía. ¡El pobre galán estaba vencido!

Un gran silencio reinaba en el amplio salón. Las bellas mujeres oían tranquilamente, entrecerrados los párpados como si siguieran en sueños el vuelo perezoso de sus recuerdos. Los hombres, extáticos, escuchaban la bonita charla de Violeta, profundamente encantados. Ella prosiguió, bajando la voz como el creyente que se aproxima al altar sagrado:

—La encantadora mujercita de mi cuento no había sido indiferente á las amabilidades del apasionado joven. Sus besos le habían abierto las puertas del Edén,—su amor le había hecho sentir todos los inefables goces del amor. Pero ella, con voluntad férrea, había detenido los latidos del corazón y acallado la sangre que en tropel subía á las mejillas; y había puesto toda su alma en parecer indiferente, y conservar sus ojos sin una niebla de placer, y destruir en su garganta el suspiro y el grito de amor que la sacudía interiormente con vibraciones de cristal. Su ser todo había respondido al reclamo de su amante; su sangre se había quemado en el mismo fuego que consumía la de él; sus ideas se habían adormecido bajo el éxtasis divino de la misma sensación; los músculos de sus marmóreos miembros tuvieron la impulsión inicial de coger aquel otro ser querido y estrecharlo contra sí, con furia, con delirio, con inmensa pasión, para aniquilarse, destruirse, sepultarse en él, locamente, con verdadero frenesí. Pero ella, la amante niña, había muerto todas

esas manifestaciones y había ocultado su placer en quién sabe qué apartado rincón de su alma. Y por este medio terrible, por este sacrificio gigante, por esta victoria lograda contra todas las leyes fisiológicas, la encantadora mujercita de mi cuento pudo conservar al amante que no daba á sus amores más que un día de vida.

—¡Imposible! clamaron todos los oyentes.

—¿Qué es imposible? contestó Violeta, con irónica sonrisa. Y si yo os dijera el nombre de esa mujer, ¿qué diríais?

—La proclamaríamos la diosa inmortal que ha realizado el hecho más heroico.

Entonces Violeta se volvió hacia su amiguita Lulú, sosteniendo en la diestra la copa de *champagne* que ardía bajo los rayos centelleantes de la araña central como un joyel de pedrería, y le dijo brevemente:

—¿Digo el nombre de la linda pecadora?

—¡Oh, no, no! ¡por Dios! murmuró la querida niña.

Y en sus ojos, modestamente fijos en el ánfora escultural tallada en bronce con filigranas representando tallos de aligustre y en cuyo redondeado vientre desplegaba sus rizadas alas una hermosísima cigüeña en relieve, en esos sus ojos divinos hubo un breve relámpago de temor, mientras sus mejillas se rielaban con el más leve tono de púrpura y su mano pequeñita, de un esmalte lechoso, rompía con movimiento nervioso é involuntario el platillo de transparente porcelana floreado de crisantemas.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Montevideo.

EPIGRAMA

—El que inventó el alfabeto,
me decía Paco, ayer,
¡vive Dios! que probó ser
hombre por demás discreto,
pues nadie me negará
que nos divierte el zulú
si, como la doble *w*,
inventa la doble *k*.



EL SABIO Y EL LOCO

BALADA DE APELES MESTRES

Dos torres tiene el castillo,
cual centinelas alertas,
á mano derecha la una

y la otra á la mano izquierda.
Ésta es la torre del Loco,
la torre del Sabio aquélla.

Un huésped habita la una,
que es doctor en toda ciencia
y en todas las artes maestro;
el curso de las estrellas
y del pecho los latidos
lee con igual destreza,
y conoce las virtudes
de plantas, fuentes y piedras;
no oculta misterio alguno
para él la Naturaleza;
para él futuro y pasado
enigma ninguno encierran.

Un loco la torre habita
que se encuentra á mano izquierda.
Su cabeza desjuiciada
es más vacía y más hueca
que los cascabeles que ornan
su capuchón de estameña
de innumerables colores.
Tan necio es que ni siquiera
comprende que nada sabe.
Reir es toda su ciencia
y ríe de todo y todos,
pues es lo único á que acierta.

Cada día, cuando el alba,
en el Oriente se muestra
inflamando el horizonte,
en su ventana se deja
ver el Sabio; mira al cielo,
las rodillas hinca en tierra,
y al sol en voz conmovida
fervientes himnos eleva.

Cada día, cuando el alba,
en el Oriente se muestra,
sale á su ventana el Loco;
mira á derecha y á izquierda,
sacude sus cascabeles,
y estallando en risa hueca
hace un palmo de narices
al mundo que le rodea.

J. T. Mera.

EL ASNO DE SILENO



AQUÉL en sus cantares
las risas y los besos
celebra, ponderando
del amor los tormentos;
éste ensalza los héroes...
yo, que no los encuentro,
cantaré la paciencia
del asno de Sileno.

Los traviesos muchachos,
en sus alegres juegos,
con guirnaldas de flores
enlazan al jumento:
suben, bajan, le muelen,
y le acarician luego,
y es su paciente amigo
el asno de Sileno.

¡Quién alabar pudiera
su venerando aspecto,
su gravedad perpetua,
su inalterable genio!
Filósofo del bosque,
ni el popular estruendo
altera las facciones
del asno de Sileno.

Como él también caminan
algunos pobres pueblos,
como él la carga llevan
en perpetuo silencio,
sirviendo á las pasiones
de despóticos dueños,
parecidos en todo
al asno de Sileno.

Unos por fuerza, y otros
más sagaces y diestros,
con popular estilo
y con afable gesto
agarran, calladitos,
la punta del cabestro,
y suben á la espalda
del asno de Sileno.

Cuando en los más briosos
y magnánimos pechos
por grados se ha extinguido
el patriótico fuego;
cuando quietud dichosa
llaman el desaliento,
¿quién no se acuerda entonces
del asno de Sileno?

Paso entre paso marcha
del rudo azote al eco,
la carga es bien pesada
y su cuerpo muy viejo.
No hay piedad, y zumbando
el látigo severo,
aligera la marcha
del asno de Sileno.

Llegan á la posada
cuando el sol ya se ha puesto.
El amo en ancha copa
brinda, y bebe risueño;
y á un árbol amarrado,
gran padre del desierto,
ayunando, rebuzna
el asno de Sileno.

JUAN FRANCISCO ORTIZ.

Bogotá.

¡LA VIDA!

Corre la vida el manantial fecundo
diques rompiendo con afán vehemente,
y sigue impetüoso su corriente
dejando en pos de sí cauce profundo.

Bulle, salta, revuélvese iracundo
de una ilusión en pos de la vertiente;
si toca en la esperanza, es un torrente
que como roto mar inunda el mundo.

Mas al llegar á la quemada arena
del desengaño, estáncase al momento;
y aunque de reventar procura modo,

Tras una nube de quebranto y pena
sopla de la verdad el rudo viento;
su esencia se evapora, y queda el lodo!...

FRANCISCO ORTIZ.

Buenos Aires.



D. Ernesto de la Cárcova

DISTINGUIDO PINTOR ARGENTINO

ARTISTAS ARGENTINOS

DE LA CÁRCOVA

He aquí una joven alma del más bello oriente artístico. Probada está su calidad por la resistencia, y la continuación de su labor, en viaje á un ideal, en medio de las turbas de mercaderes, de los cenáculos prácticos, de las victorias del yankismo en la magnífica ciudad de Buenos Aires, la más grande de lengua castellana. ¡Dios mío! habría sido muy fácil para un hombre como éste, entrar en el universal movimiento que produce las pingües ganancias de Bolsa, los lujos de Palermo y las empingorotadas situaciones. Habría sido así de su tiempo, de su país, de su ciudad. Ha preferido todo lo contrario; y si vende sus cuadros, es porque desde que los poetas, los artistas, no son millonarios, y las nueve musas necesitan ser alimentadas y elegantemente presentadas, Apolo ha permitido en sus dominios el libre ejercicio del comercio. Si ello no aconteciese de ese modo, Cárcova,—que adora á Gustavo Moreau,—se consagraría á su obra de trabajador del espíritu, en la Sede del Arte Severo y del Silencio, según la palabra dannunziana.

* * *

Concertadme estas medidas: hay en Ernesto de la Cárcova un dandy y un socialista. Su dandismo me lo explico por la pasión por lo suntuoso y bello: la decoración personal debía estar á mi entender considerada como una de las Bellas Artes. Su socialismo, revelado por la tela vigorosa y valiente *Sin pan y sin trabajo,* tiene por origen,—así como en el caso del poeta Lugones,—el odio innato en todo intelectual al entronizamiento del mercantilismo imbécil, del gordo becerro burgués, fatal á los espíritus de poesía y de ensueño.

Y que él es un espíritu de poesía y de ensueño, conócelo quien ha podido observar las manifestaciones de su pensamiento en las intimidades de una amistad de artistas. Le he

visto en su taller, sonriente y siempre bondadoso, rodeado de sus discípulos; ó en la escuela de Bellas Artes, de noche, con sus alumnas silenciosas; ó en las reuniones del Ateneo. Hay en sus ojos, á la continua, un rayo de entusiasmo para toda idea bella, para todo brillante proyecto; como todo talento que se conoce, tiene el respeto del talento ajeno. Concibe el Arte en su valor soberano; sueña en tiempos mejores; no se desalienta en el helado ambiente capitolino; cree en el porvenir. Éste ciertamente preséntasele favorable, pues quien á su edad es en su país un *jeune maître* de reconocido valor, tiene delante de sí mucho que conquistar todavía.

¿Su vida? Por el año de 1885, después de que se hizo constar en un diploma que el joven de la Cárcova estaba saturado de todos los componentes que convierten á uno en bachiller, él se despertó una mañana al agradable roce del «velo de la Reina Mab.» La madrina de las hadas le dijo de la siguiente manera: «No me negarás, mi querido bachiller, que la luz es un tesoro divino, el color un don celeste y el pincel un ilustre instrumento. Los libros te podrán todavía hacer doctor; pero el iris y la adoración de las visiones prestigiosas te tornarán un artista. Ya debes sospechar cuáles son los penosos inconvenientes que atraviesan los que así se llaman. Pero yo les gratifico con mi amistad, les aliento en sus luchas y les envuelvo en mi velo cariñoso, azul y sutil.» El joven le contestó que de mil amores renunciaba á las cosas universitarias y doctorales, y que para demostrarle su afecto ya probado en los garabatos y caricaturas con que macularа sus primeros libros de estudio, entraría inmediatamente á aprender dibujo á la Sociedad bonaerense de Bellas Artes. Y hele allí, en sus primeros pasos hacia el deseado verde laurel!

* * *

Un bravo señor Romero, profesor suyo, le dió á entender que en su país no aprendería gran cosa: «A Italia, amigo mío.» Y allá va Cárcova, sediento de sol italiano, hambriento

de azul italiano, á beber sol y comer azul en la insigne ciudad de Turín. Allí, en dos años de Academia, aprendió el manejo del «instrumento;» para poder decir en sus cuadros sus ideas de luz, estudió la gramática y la retórica de los artistas plásticos, se impregnó de Academia; y tan académico fué, que en los dos últimos períodos de sus estudios se ganó dos medallas de oro, dos primeros premios.

Su deseo era ir á Roma y á Roma fué, no sin antes detenerse en Florencia. «Allí,—me ha dicho Cárcova, —lo grecoromano y la obra del Renacimiento comenzaron á apartar mi alma del academismo limitado de la enseñanza oficial.» ¡Oh, qué lejos estaba todavía el admirador de Schneider!

Ya en Roma, logra la amistad y los consejos de un gran artista, el pintor Mancini, un revolucionario, ese pintor! Él y el piamontés Grosso hacen en la cabeza del argentino despertar una comprensión nueva de la pintura. A ellos confiesa Cárcova que debe las cualidades que distinguen á sus obras.

Turín, perfectamente; pero después, Florencia; Florencia, perfectamente; pero después, Roma; Roma, perfectamente; pero después, París. ¡Pues á París! Y allí está ya en París, el argentino, cegado de revelaciones milagrosas del arte universal y eterno; abrumado de visiones maravillosas y sintiendo en su espíritu el nacimiento de nuevos ensueños. Volvió á Roma con ansias del retorno á Francia. Trabajó, expuso, tuvo compradores. El rey Umberto fué uno de ellos. Y volvió á París. Pero entonces el hada fea, que se interpone siempre en el camino de los amigos de Mab, no le dejó permanecer viviendo la vida parisiense. Por varios motivos tuvo que regresar á su país.

«¡Puede que haya sido una fortuna! dice el excelente Cárcova; pues me queda la ilusión de *haber podido hacer algo...*»

* * *

Ya en Buenos Aires, en donde los artistas no son coronados de rosas, como es bien sabido, prosiguió su labor, haciendo algo el oficio y no desamparando el sacerdocio. Ha expuesto con éxito; tiene discípulos, entre los cuales algunos

de verdadero mérito, como Ripamonti. Sonríe constantemente á un futuro hermoso: tiene la salvadora virtud de la Fe y la divina gracia de la Esperanza.

Su criterio es amplio y de lejana vista. Admira á los artistas del renacimiento moderno,—tiene en gran veneración á simbolistas y místicos,—Redón, Tooroop, Denise; conoce á Max Klinger; y sobre todos, saluda como á un grande entre los grandes al formidable Schneider.

Pero esta es veneración hasta ahora ideal. No se ha atrevido, y ha hecho muy bien, á entrar en vías semejantes en un público en donde cualquier ignorado idiota se cree autorizado para expeler sus más excremenciales inepcias sobre el Arte sagrado, desde el momento en que se pronuncia la palabra «simbolista» ó «decadente.» Para pintura simbolista, guárdese Cárcova! Si puede ir á luchar á un campo en que haya elementos de acción propicios á sus sueños, váyase en buena hora.

Pero, en todas partes, y este es el premio único de los espíritus como el suyo, sepa que tendrá el aplauso sincero de los que saben reconocer á los verdaderos intelectuales, y aplaudir á los honrados y bravos trabajadores.

RUBÉN DARÍO.

Buenos Aires, Junio de 1896.

Á ZOILO

Aunque me veas así
de burdo paño vestido,
llevo en mi ser escondido
lo que te hace falta á tí.

Anoche, cuando te ví,
—proletario del sentido,—
tanta lástima he tenido
que de lástima me fuí.

Tú, personaje de feria,
que en la más negra miseria
de talento vivirás,
sabe, opulento mendigo,
que comparado contigo
aun desnudo valgo más.

Buenos Aires. DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO.

EL JUICIO DE PARIS



—Dí con franqueza, Isidoro:
á vernos Paris un día,
¿á cuál de las tres habría
dado la manzana de oro?
—Que hubiera sido, malicio,
imposible *juicio* tal,
porque á veros, por su mal,
se queda, Paris, sin juicio.

EPIGRAMA

—¿Tan mal examen te dió
de geografía, Ruperto?
—Aún á saber no llegó
ni dónde se halla el *mar muerto*...
ni el año en que falleció.

TRES AMANTES

I

—¿Quién eres?—Un guerrero. Mi espada vencedora
cien pueblos ha ganado.
Cuentan que no hay espejo más noble, mi señora,
que el peto del soldado.
Creí ser indomable. ¡Mentira! Tu hermosura
mi altiva frente humilla;
el paladín hercúleo de bélica armadura
temblando se arrodilla.
—¡Aparta! No me sirven, guerrero, tus laureles!
Busco mejor vasallo;
no estorbes mi camino; apártate, que hueles
á crines de caballo!

II

—Señora, soy el bardo. Poder ninguno iguala
al noble poder mío.
Esmaltan las estrellas las plumas de mi ala
cual gotas de rocío.
En mí reside y obra la potestad que crea
espíritus y mundos;
no hay águila que vuele más alto que mi idea,
ni abismos más profundos!
Yo haré de tu belleza, la estatua de alabastro,
la Venus victoriosa!
De tu palabra el canto, de tu mirada el astro,
de la mujer, la diosa!
Como diamantes sueltos, en tus cabellos rubios
titilarán luceros,
y te daré por siervos, en vez de esclavos nubios,
los siglos venideros!
—¡Aparta! No con trovas ni voces de profeta
molestes más mi oído;
desprecio tus amores; apártate, poeta!
¡Remienda tu vestido!

III

—¿Quién eres?—El que mancha las almas y el que roba
la honra y el decoro;
la cinta de tu veste, la llave de tu alcoba,
¡el oro... soy el oro!
El viejo lujurioso que por la puerta espía
el baño de Susana;

la Celestina ronca, la repugnante arpía
que ofrece cortesana.
Te espero. Yo soy Fausto. Como antes Margarita,
del templo también sales:
me acerco y en tu oído, que trémulo palpita,
murmuro: ¿cuánto vales?
Siebel enamorado te aguarda con un ramo
para adornar tu pecho...
¿Qué importa? Seré siempre para tu alma el amo;
para tu cuerpo, el lecho!
Tu castidad es cirio, respeto de los buenos
que yo al pasar apago;
de mármol son tus brazos, de mármol son tus senos...
No importa; yo los pago!
Comercia con tus gracias, trafica tus hechizos
y vende cuánto puedas.
Si amante me recibes, el oro de tus rizos
convertiré en monedas!
Se acerca el que esperabas. Entre mis áureos brazos
todo placer se encuentra...

IV

La joven desanuda de su corsé los lazos,
y dice al crimen: ¡Entra!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Méjico.

EL ARTISTA Á LA NATURALEZA

¡Oh grande, oh misteriosa Madre mía!
en tus senos ignotos y profundos
combinando tus gérmenes fecundos,
mi ser brotaste á la región del día;

Y reflejó mi ardiente fantasía
tu etéreo azul, tus siderales mundos,
excelsos montes, mares iracundos...
del infinito Cosmos la armonía!

Mientras del vulgo humano las legiones
insaciables te arrancan tu riqueza,
con creces te devuelvo yo tus dones:

¡Me diste un frágil ser, Naturaleza,
y en mármol, lienzos, notas ó canciones,
yo eternizo tu efímera belleza!

Guayaquil. NUMA POMPILIO LLONA.



SOLEDAD

Estanque solitario
de agua dormida
que entre el marco de flores
de tus orillas,
limpio y sereno,
como en las almas puras,
se copia el cielo;

Sendero misterioso
por cuyas cercas
se entretejen las rosas
y las mosquetas,
y en cuyo césped
ríen las margaritas
y los claveles;

Alameda que al viento
vibras sonora
con rumores y cantos
de arpas eolias,
y el sueño arrullas
del verano en las claras
noches de luna;

Agua que cuesta abajo
vas á un molino
por el angosto cauce
de un canalizo,
y al fin te estrellas

rota en esplendoroso
salto de perlas;

Balcón que en las divinas
tardes de Octubre
cuelgas entre tus hierros
flores azules,
y ves en torno
cómo se cuaja el campo
de espigas de oro;

Alcoba de rosadas
tenues penumbras
llenas del dulce encanto
de su hermosura
y aun del misterio
que derraman en torno
sus ojos negros...

Por más que de esplendores
y de sonrisas,
de arrullos, de perfumes
y de armonías
llenéis el aire
y deis á estos verjeles
mayor realce;

¡Ya sólo su recuerdo
vive en vosotros!
¡Ya quedó vuestro encanto
deshecho y roto!
¡Ya todo os falta!
¡ella! ¡el amor, la vida,
la luz, el alma!...

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, Abril de 1896.

